

**LA MIRADA DE LAS MUJERES  
EL ESTATUTO DE OBJETIVIDAD EN LA CIENCIA  
SOCIAL DESDE LA PERSPECTIVA DE GÉNERO**

**Fàtima Perelló Tomás. Sociòloga.**

Departament de Sociologia i Antropologia Social  
Universitat de València

## 1. PRODUCCIÓN DEL CONOCIMIENTO Y POSICIÓN SOCIAL DEL 'SUJETO OBSERVADOR'

El sujeto que investiga es más que un mero observador externo a una realidad preexistente. Tanto si se da cuenta de ello como si no, al investigar da nombre a las cosas del mundo. Elige, selecciona, clasifica, orienta y busca: de entre todos los trayectos posibles sólo unos cuantos serán tenidos en cuenta, de la compleja red de elementos que conforman la realidad sólo unos pocos serán estudiados. Nuestra percepción del mundo nos hace suponer que es posible 'descubrir' la realidad, una realidad objetiva que concebimos como algo independiente del sujeto que indaga. Pero el sujeto imprime su huella<sup>1</sup>:

“En el fondo se trata de algo que ya sabían los presocráticos y que en nuestros días cobra cada vez mayor importancia; se trata del punto de vista según el cual toda realidad es, en el sentido más directo, la *construcción* de quienes *creen* que descubren e investigan la realidad. En otras palabras, la realidad supuestamente *hallada* es una realidad *inventada* y su inventor no tiene conciencia del acto de su invención, sino que cree que esa realidad es algo independiente de él y que puede ser descubierta; por lo tanto, a partir de esa invención, percibe el mundo y actúa en él.” (Watzlawick, 1989: 15).

El *conocer* del sujeto investigador es del orden del *decir* y del orden del *bacer*. Conocer implica establecer relaciones, comprenderlas, transformar la información –el ruido– en sentido. Comprender es interpretar, sirviéndonos de un lenguaje que deja hablar al objeto a través de las palabras de un sujeto. Esta constatación es importante pues nos obliga a reflexionar sobre el modo en que miramos los datos y las observaciones empíricas, sobre el proceso de construcción de los discursos científicos. Se trata de un movimiento pendular del sujeto al objeto de toda investigación, del objeto al sujeto. Este movimiento debería ser lo más explícito posible, pues fundamenta una estrategia de desvelamiento de los límites de nuestro discurso, no sólo en

1 Soy consciente de que la cita que transcribo puede llevar a pensar que mi orientación está próxima a ciertas corrientes del relativismo postmoderno, especialmente aquellas vinculadas a la máxima 'todo vale lo mismo'. No comparto en absoluto este planteamiento epistemológico. Pero esta cita siempre me ha parecido especialmente perturbadora cuando de lo que se trata es de poner en cuestión el presupuesto positivista de objetividad en la ciencia. Una de las líneas metodológicas desarrolladas a partir de los trabajos de Watzlawick afirma que descubrir algo es sobre todo conceptualizarlo, que 'descubrir' la realidad es construirla conceptualmente. Es en este último sentido en el que las aportaciones de Watzlawick me parecen especialmente sugerentes.

lo que concierne a la ciencia en que se enmarca sino también respecto a las opciones políticas y éticas con las que se articula.

Nuestro mundo ha llegado a su límite. La ‘planetarización’ o ‘mundialización’ del sistema son un hecho (Morin, 1993). Nuestro planeta es hoy ‘la línea tras la cual no hay espacio ni tiempo’. El sistema se ha convertido en un único espacio planetario donde los problemas son globalmente interdependientes. Ya no existe el tiempo fuera del sistema. Frente al proyecto ilimitado del capitalismo de producción y consumo, sustentado en una concepción lineal y exponencial del progreso, sabemos hoy “que no existe otro tiempo que no sea el del interior del sistema y que no hay ninguna sociedad ahí fuera, esperándonos, que no sea la que nosotros seamos capaces o incapaces de construir” (Melucci, 1998: 364). El sujeto que investiga no está fuera del mundo. Tiene capacidad para dar cuenta de la relación que establece con sus campos de estudio. Participa del poder y la responsabilidad de dar nombre a las cosas. Ya no hay verdades absolutas, ni luchas finales, pero conocer e imaginar siguen siendo formas de construir el mundo. El sujeto que investiga hoy no puede eludir la reflexión sobre el modo en que construye su objeto y sus consecuencias para un futuro posible.

### 1.1 La teoría, una extensión del ojo

*La teoría (de ‘zeorein’ = mirar) es una extensión del ojo: mediante ella, el ojo ve lo que no está a la vista.*

Jesús Ibáñez, 1988.

Los investigadores sociales no siempre son conscientes de lo que acabamos de plantear. El presupuesto de objetividad, que dominó gran parte de los debates metodológicos del siglo XX, sigue pesando con fuerza. El presupuesto de reflexividad, que está parcialmente en la base de lo que acabamos de escribir en la introducción, se abre paso con dificultad. La ciencia social sigue operando, a menudo, como si los hechos hablaran por sí solos, como si la realidad fuera algo a ‘descubrir’ por un sujeto neutral fuera del mundo. Su articulación con el universo simbólico e ideológico de la sociedad en la que se inscribe, su particular ensamblaje con el nivel empírico de una realidad altamente compleja, han dificultado –y todavía hoy dificulta- este salto cualitativo. Pero el conocimiento social, lo queramos o no, es conocimiento ‘construido’ o ‘producido’ y forma parte de un campo de fuerzas que ordena la realidad social:

“Sean o no conscientes de ello los investigadores sociales, su trabajo no consiste en una ‘recogida de datos’. Habría que hablar de ‘producción

de datos', pues el proceso de apropiación del dato no es similar al de la 'recolección' de un fruto, o al de la 'caza' de un animal, 'salvajes' (esto es, producidos espontáneamente por la 'naturaleza'). Considerar que los datos se recogen es conceptuar como 'natural' su proceso de producción, conceptuar a la 'sociedad' como 'naturaleza'. Esta es la operación fundamental de la ideología burguesa" (Ibáñez, 1985: 208).

El principio positivista de objetividad operaba como prueba de racionalidad necesaria para que una investigación adquiriese el estatuto de científica. La objetividad pasó a ser sinónimo de neutralidad y ésta de científicidad. El investigador social debía permanecer al margen de las implicaciones que pudieran derivarse de los resultados de su investigación. El salto desde la neutralidad de la ciencia social, que exigía la no emisión de juicios de valor, a 'la suspensión del juicio' del investigador, fue relativamente sencillo. Pero desde finales de la década de los ochenta del siglo pasado, asistimos a la emergencia de una nueva manera de concebir la relación objeto – sujeto de la investigación, que cuestiona la pertinencia de mantener la epistemología positivista clásica: "La epistemología clásica de la ciencia social no es ya sostenible (...). La crítica inicial de Gouldner en el sentido de que una sociología libre de valores es sólo la ideología de la profesionalización de la disciplina ha sido completada en otros niveles: no hay ni descripciones, ni conceptos, ni teorías que sean neutras y todo conocimiento es guiado por algún tipo de interés cognitivo" (Lamo de Espinosa, 1990: 6).

En toda investigación social intervienen tres niveles: el epistemológico, el metodológico y el tecnológico. Se trata de tres dimensiones articuladas y jerarquizadas entre sí, transversalmente cruzadas por la concepción de la relación objeto – sujeto de la investigación. El nivel epistemológico se pregunta por el *qué es posible conocer* y el *cómo conocerlo*. Metalenguaje de un lenguaje, de un proceso cognitivo, que exige al pensamiento salirse de sí mismo y observarse mientras trabaja. Operación de 'captura', búsqueda de la verdad –o de la realidad-, siempre incompleta y transitoria. El nivel metodológico se interroga acerca del proceder, de las *reglas reguladas para llegar a conocer un 'qué'*. Operación de 'construcción', metacaminos que busca un fin, un resultado determinado, y que hay que reconstruir cada vez que se produce una ruptura epistemológica. En su centro, los modelos teóricos, los marcos conceptuales, 'marcas del camino' por los que se orienta la investigación. El nivel tecnológico es el momento propiamente empírico, operación de 'constatación' o de comprobación. Indaga acerca de la *pertinencia de los datos para llegar a conocer un 'qué'*.

Estos tres niveles no son sucesivos, pues cada uno de ellos incluye a los otros: el discurso epistemológico constituye un metalenguaje de los discursos metodológico y tecnológico; el discurso metodológico es un metalenguaje del discurso tecnológico (Ibáñez, 1985).

La mirada se sitúa en un espacio incierto entre el nivel epistemológico y el nivel metodológico. La mirada interrogante que busca convertirse en mirada teórica, se encuentra 'a medio camino entre el saber y el preguntar' (Martín Santos, 1988: 7 – 23). La mirada, como acto preanalítico de conocimiento, desarrolla una estrategia encaminada a la construcción conceptual, a la búsqueda del sentido. El sujeto que interpreta desarrolla una visión que forma parte de una *mirada social*. Ésta supone un cruce de caminos, la apertura del sujeto en un contexto, el desarrollo de la reflexividad constructiva en los niveles del *decir* y del *hacer*.

“La visión, en forma de mirada inquisitiva, evoca así al sujeto de la interpretación, pero ello no equivale a reclamar el subjetivismo arbitrario y/o soliptista (...), sino a *encarnar* (...) al sujeto en un *cuerpo social*, en el que, lejos de ser un espectador desinteresado (o trascendental metafísico), es una intersección de relaciones, un encuentro entre el cuerpo y el espíritu; entre lo social y lo individual; entre la intersubjetividad y la subjetividad: una forma relacional en la que se manifiesta la coexistencia. Cuando hablamos de visión, pues, hablamos de *sujeto*, y cuando nos referimos a ese sujeto debemos referirnos, por una parte, a la formación social de la subjetividad (...); y, por otra parte, a la potencialidad del sujeto de convertirse en *actor social* (...). Esto es, no como simple conjunto de portadores de roles, sino como sujeto colectivo que se identifica, grupalmente, al entrar en una red de oposiciones y conflictos; y que, además, al buscar *historicidad* en sus acciones, produce movimientos sociales y, con ello, el cambio social mismo” (Alonso, 1998: 18 – 19).

La mirada social había sido enmudecida por la epistemología positivista clásica. También por ciertas corrientes estructuralistas que redujeron lo existente a una mera sintáctica de formas universales. Y sin embargo, urge recuperarla, pues es uno de los caminos posibles para identificar lo socialmente relevante en un mundo que se parece poco al que conocíamos, en un mundo en el que los nuevos conflictos expresan el dilema entre la integración y la diferencia. En el núcleo de estos nuevos conflictos encontramos la emergencia de la consciencia de una nueva identidad: la de las

mujeres que se piensan como *sujeto*, como sujeto histórico y social. Un sujeto que se piensa a sí mismo, más allá de la lógica de dominación impuesta entre los géneros, para comprender el mundo y legitimar nuevas versiones, para reivindicar subversiones posibles y eliminar antiguas sumisiones (Zavala, 2000).

## 1.2 Mirada social y género

Hace ya un tiempo utilicé estas palabras de Alessandra Bocchetti en un curso. Quería plantear entonces un esbozo de las posibilidades de la *mirada*, de la mirada social, como disposición que permite atisbar lo significativo, desde una perspectiva de género, entre las múltiples formas y contenidos que configuran el complejo entramado de lo social:

“La historia de mi sexo es una historia oscura. En los dramáticos reportajes de Beirut que frecuentemente muestra la televisión, si desviamos la mirada del lugar donde se dispara, donde acaba de estallar una bomba, y la dirigimos a lo largo de las fachadas de los edificios, vemos casi siempre a una mujer que sacude una alfombra o que escurre un trapo. Ese gesto testarudo, absurdo, me llena de rabia y me conmueve hasta las lágrimas. Las mujeres han estado empeñadas en una lucha cotidiana por la limpieza del mundo y por impedir el deterioro. Esto, como dice Hannah Arendt, tiene muy poco en común con gestas heroicas. Reparar cada día los daños del día anterior no es un signo de valentía sino de paciencia. Sin embargo, ese trabajo ha permitido la historia” (1996: 105-106).

Estas palabras las escribió en 1986, con esa mezcla de admiración e indignación que caracteriza al feminismo radical de la diferencia. Podía haberlas escrito antes o después, incluso hoy, a propósito de la guerra contra Irak o de cualquier otro gran desastre. Lo que me interesa del párrafo es remarcar esa desviación de la mirada que permite enfocar, más allá de la imagen principal que vuelca la pantalla de televisión, a una mujer haciendo algo tan aparentemente nimio como sacudir una alfombra o escurrir un trapo. Ese modo de mirar, de fijar la atención en lo secundario, en las figuras femeninas es cada vez más frecuente. Al menos, en el contexto de una nueva epistemología feminista que ensaya nuevas formas de investigación social. Es un empeño, paciente empeño, por rescatar la imagen de las mujeres, por desvelar lo que hacen, lo que han hecho, por mitigar su opacidad, por vincular las apor-

taciones del *sujeto mujer* a la historia de un futuro posible mejor para todos, hombres y mujeres.

Este es el lugar de anclaje que comparten las diversas manifestaciones de la teoría feminista contemporánea: el intento por desvelar, desde una nueva mirada social, los puntos ciegos respecto al género con los que la ciencia opera habitualmente. Los debates teóricos feministas son ricos en matices, en perspectivas. Aunque están desarrollados mayoritariamente por mujeres, cada vez son más los hombres que contribuyen a ellos. Son polémicos. Intra e interdisciplinarios. Se contraponen a veces, otras se complementan. A menudo es difícil orientarse entre una producción tan amplia y diversificada (Beltrán y Maquieira, 2001). Desde una perspectiva analítica puede resultar operativo plantear tres líneas, tres perspectivas en la visión que orienta la construcción teórico – metodológica feminista y sus articulaciones con la acción social:

1. La primera se centra en la categoría de *diferencia*. El planteamiento básico que subyace en ella es el de la constatación de las diferencias, como configuración general, entre mujeres y hombres respecto a la vida intrapsíquica, la experiencia vital y las relaciones intersubjetivas, los valores e intereses básicos compartidos. Las teorías de la diferencia reclaman que los modos distintivos de ser de las mujeres se reconozcan como alternativas reales a los modos masculinos de estar en el mundo. Desde ellas se plantean estrategias políticas tendentes a visibilizar e impulsar públicamente los modos de ser de las mujeres, como parte constitutiva de una manera mejor y más humana de nombrar la vida y transformar la realidad.
2. La segunda se encuadra en la categoría de *desigualdad*. El argumento general que desarrolla se basa en la constatación de la desigual distribución de recursos materiales, políticos y simbólicos, entre hombres y mujeres, en el interior de cada sociedad. Es esta desigual distribución de recursos la que explica las diferencias en la identidad y la capacidad de autorrealización en función del género. Desde aquí se plantean líneas de actuación política tendentes a favorecer una disminución de las desigualdades en la distribución de los recursos más prestigiosos y valorados socialmente.
3. La tercera se enmarca en la categoría de *dominación*. La línea básica de explicación se centra en las relaciones de poder, entre hombres y mujeres, como dimensión básica de toda estructura social. Dichas rela-

ciones se hallan atravesadas por una lógica de dominación u opresión *patriarcal*, no siempre visible, que favorece a los hombres y sitúa a las mujeres en posiciones sociales de subordinación y dependencia. El desvelamiento de esta lógica de dominación constituye la estrategia política clave para poder subvertir el orden de las cosas. Varias son las líneas de desarrollo que se siguen desde esta orientación general. Destacan las vinculadas al feminismo psicoanalítico, al feminismo radical, al feminismo socialista y a los llamados ‘nuevos feminismos’ (especialmente el feminismo lésbico y el feminismo negro).

La síntesis anterior debe considerarse como un intento por establecer las ‘marcas del camino’, nivel conceptual que puede orientarnos en la amplia región que estamos atravesando. No agota todas las posibilidades, ni especifica todas las encrucijadas, pues la teoría feminista constituye “esa parte de investigación reciente sobre las mujeres que implícita o formalmente presenta un sistema de ideas general y de gran alcance sobre las características básicas de la vida social y la experiencia humana comprendidas desde una perspectiva centrada en las mujeres” (Madoo y Niebrugge-Brantley, 1993).

La teoría feminista inaugura una nueva mirada social que recorre los discursos científicos. El tema de la *opacidad* de las mujeres en la ciencia, no sólo el de ellas como potenciales “objetos” de la investigación científica, sino también el de ellas como “sujetos” de la misma, está cada vez más presente. A medida que las mujeres se incorporan profesionalmente a las distintas disciplinas –como docentes o investigadoras o las dos cosas al mismo tiempo– inician el desvelamiento de dicha opacidad. En un primer momento incorporando a las mujeres como *cuestión a trabajar*, convirtiéndolas en *un objeto* susceptible de ser estudiado o incluido en los programas docentes y de investigación. Pero, con el transcurrir del tiempo, ya no se trata sólo de comprender y analizar la contribución de las mujeres en cada una de las esferas de la vida, de hacer visible la realidad de su cuerpo, de su trabajo, de sus prácticas de poder o saber... Consiste también en incorporar una nueva perspectiva, una óptica de mujer –en lo que pueda tener de *mirada no androcéntrica*– que permita indagar si los conceptos y perspectivas que utilizamos para nombrar el mundo se ajustan a la complejidad de lo real y contribuyen o no al desvelamiento de los problemas que constituyen el núcleo de los conflictos actuales. Si toda mirada sobre la realidad es ‘un acto de selección, de construcción y de interpretación que se hace desde un sujeto en un contexto’ (Alonso, 1998: 17), la reflexión sobre las posibilidades que esta nueva mirada abre es inevitable.

## **2. EL DEBATE EN FILOSOFÍA DE LA CIENCIA: APORTACIONES DESDE LA EPISTEMOLOGÍA FEMINISTA**

Mirar de un modo diferente las representaciones que sobre las mujeres (y los hombres) han elaborado los discursos científicos, se convierte en una operación de teoría del conocimiento que desplaza la atención desde el análisis de los “hechos” (entendidos como algo objetivamente dado, neutrales en sí mismos), a los supuestos metodológicos y epistemológicos que están en su base. Desde el enfoque que estoy planteando, los datos no pueden considerarse *inocentes* (pura transposición de la realidad), pues se inscriben en una determinada concepción no sólo de los géneros y sus relaciones, sino también de la naturaleza, la cultura o la sociedad. De este modo, zambullirse en los discursos contruidos -a partir de intenciones diversas- para desmascarar qué imagen han producido de las mujeres, y cuáles han sido las prácticas que se han derivado de ellos, implica la crítica a los argumentos más chatos (por menos aristados) del positivismo aún hoy imperante

En la ciencia social, junto a la amplitud de investigaciones que han incorporado a las mujeres como tema a estudiar (en el campo de la demografía, la familia, la política, la religión, la desviación social y un largo etcétera), introduciendo problemáticas o aspectos olvidados hasta hace poco tiempo, podemos hoy releer a los clásicos -y a los contemporáneos- con una mirada distinta. Ello posibilita analizar el entramado ideológico que sustenta un modo de hacer ciencia (metodología) y un modo de justificarla (epistemología). Descubrir un trasfondo que había permanecido invisible, probablemente porque no había un sujeto dispuesto a ello, es decir, alguien sujetado no sólo por su posición de clase o su pertenencia a un grupo de edad o étnico en el entramado de una determinada estructura social, sino también por su identidad de género.

### **2.1 Verificación y verdad**

La epistemología feminista no puede sustraerse a la polémica discusión que a lo largo del siglo XX mantuvieron los filósofos de la ciencia. Durante largo tiempo, la búsqueda de la verdad atendió a dos lógicas enfrentadas entre sí: la defendida por los racionalistas, fundamentalmente deductiva, y la defendida por los empiristas, fundamentalmente inductiva. Fue Galileo quien inauguró esta disputa. Descartes y Bacon la problematizaron. Los racionalistas basaron la justificación de la verdad demostrada en deducciones estrictamente lógicas. Los empiristas, a partir de contrastaciones con la realidad, y apoyándose en la inducción, justificaban los enunciados que se conforma-

ban a ella. Pero, con Hume y Kant ambas lógicas se tambalearon: la del justificacionismo deductivo racionalista al evidenciar que la lógica deductiva permite inferir verdades pero no establecerlas; la del justificacionismo inductivo empírico cuando se argumentó que ningún enunciado puede propiamente justificarse, ya que el problema del número de experiencias necesario para la generalización paraliza la posibilidad de verificación en el sentido de prueba plena o demostración (Lakatos, 1975: 204 – 207).

A partir de aquí se produce un salto cualitativo en el conocimiento, pues se evidencia la imposibilidad de justificar los logros científicos como verdades absolutas. Desde aquel momento, empezamos a trabajar sobre la base de la duda y la relatividad de las certezas científicas. Se abrieron varias puertas. La escéptica o nihilista, que desde antaño coexistía con la tradición justificacionista, fue una de ellas. Las otras dos, bajo el paraguas de la racionalidad de la ciencia, fueron la del probabilismo (frente a la verdad absoluta comprobada, la verdad probable comprobada) y la del falsacionismo (frente a la verdad definitivamente verificada, la verdad falsable provisional y aproximada).

La búsqueda de la verdad unida a la indagación sobre la posibilidad de la verdad. Ahí se situó el debate del siglo XX en filosofía de la ciencia o en el campo de la teoría del conocimiento. A lo largo de la primera mitad de dicho siglo, dominaron los empiristas lógicos, preocupados fundamentalmente por la estructura lógica de las teorías y las relaciones (también lógicas) entre los enunciados que describen observaciones y las teorías que estos enunciados confirman o refutan. El debate fue intenso y las críticas al empirismo lógico también. La lógica justificacionista basada en la verificación de los enunciados se transformó: de la mano del probabilismo y el falsacionismo, y a través de las nuevas aportaciones críticas de carácter histórico, social o político, se perfiló una nueva imagen de la ciencia, que permitió la posterior emergencia de desarrollos epistemológicos en los que se exploró la situación relacional de las mujeres con la ciencia.

El probabilismo, al rechazar el escepticismo (no es posible el conocimiento científico) y aceptar, simultáneamente, la indemostrabilidad de las teorías científicas (el conocimiento no puede ser conocimiento demostrado en términos de verdad absoluta comprobada), inauguró una nueva forma de racionalidad: la de la probabilidad de los enunciados científicos en relación con la evidencia empírica disponible. Las cosas no son verdaderas o falsas, sino más o menos probables. La aceptación o rechazo de un enun-

ciado teórico depende de su grado de probabilidad, y es la evidencia empírica disponible la que permite establecer su probabilidad, y en consecuencia, aceptar dicho enunciado como probable (no como verdadero) o rechazarlo como poco probable (no como falso). (Beltrán, 1988: 304 – 305).

El falsacionismo formuló la cuestión en otros términos. Karl Popper, vinculado al positivismo lógico del Círculo de Viena, difundió sus planteamientos a partir de 1920. Para él, lo único que es posible sostener, con un grado de certeza absoluta, es la *falsedad* de una teoría. Las teorías no son más que tentativas de explicación rigurosa de la realidad, que adquieren la consideración de certeza científica (provisional) a través de la contrastación empírica. Dicha contrastación está indisolublemente vinculada a un trabajo de coherencia interna del cuerpo de enunciados que componen la teoría y a una crítica y debate intelectual en el interior de la comunidad científica. La opción de una teoría frente a otra es una cuestión de corroboración empírica y de debate racional. Si las hipótesis deducidas de una teoría vigente, al ser sometidas a la contrastación empírica, son corroboradas, entonces la teoría puede –de momento- no ser desechada y ser considerada *provisionalmente* como verdadera. Pero si las hipótesis han sido falsadas, esta falsación revela que la teoría de la que se han deducido lógicamente es también falsa y la teoría refutada debe dejar paso a una teoría mejor o la búsqueda de una teoría mejor (Popper, 1980). La falsación no es el reverso de la verificación. No se trata de que un enunciado científico sea o verdadero o falso, pues la falsación es lo único posible, en tanto que la verificación es imposible.

Estas aportaciones permitieron desterrar la noción de verdad absoluta en la ciencia. El conocimiento científico “perdió su trono” de certeza indudable y se concibió como provisional. Con el probabilismo y el falsacionismo popperiano la certeza sobre las cosas se convirtió en algo local y transitorio. Además, con ello, el empirismo que se legitimaba a través del método inductivo sufrió un revés definitivo: no hay descripción de los hechos sin hipótesis, sin teoría previa. Lo que llamamos “datos” no es separable de las teorías, puesto que los datos se construyen y reconstruyen a la luz de las interpretaciones teóricas. La experiencia sensorial, el proceso de observación, están modelados por consideraciones teóricas e ideológicas previas. La imagen de la ciencia había cambiado de signo. Desde entonces, el progreso de las certidumbres científicas ya no podría desligarse del progreso de la incertidumbre (Morin, 1984: 41). El salto a una nueva concepción de las propiedades de la realidad como “propie-

dades de nuestra representación de la realidad y no como propiedades de los objetos”(Ibáñez, 1985: 154 - 155), permitió la consideración del conocimiento como la principal clave *problemática*, el aspecto que debe determinarse con antelación a cualquier práctica de investigación. Éste será uno de los puntos fundamentales a partir del cual la epistemología feminista levantará sus cimientos.

## 2.2 Nuevas aperturas, reflexividad y género

Thomas S. Kuhn abordó estas cuestiones en abierta polémica con Popper. Según Kuhn la ciencia avanza mediante *revoluciones científicas* que suponen el abandono de una estructura teórica y su sustitución por otra incompatible con la anterior. El concepto clave en este contexto es el de *paradigma*. Un paradigma incluye las generalizaciones simbólicas en que toda teoría tiende a formalizarse, los ejemplos compartidos que sirven como modelo de resolución de aquellos problemas que abarca la teoría, los valores conservados por la comunidad científica respecto a la plausibilidad y alcance de dicha teoría y sus ejemplos y aplicaciones. El requisito previo en esta fase es la continuación de una tradición particular en la investigación, que supone el consenso de los miembros de la comunidad científica respecto a una serie de normas y reglas que configuran su práctica. El paradigma es, sobre todo, un logro aceptado, compartido, en el sentido de que es admitido por un grupo de científicos que, lejos de cuestionarlo, tratan de ampliarlo y utilizarlo en una amplia variedad de situaciones (Kuhn, 1972).

El paradigma, en esta fase, no es objeto de renovación, sino objeto de una articulación más precisa. No hay ejercicio de crítica, ni refutación de teorías. Inicialmente sólo lo previsto se experimenta, incluso en circunstancias en las que más tarde se podrá detectar un problema extraordinario (anomalía), irresoluble desde el paradigma dominante. Cuando surge una anomalía, la ciencia entra en una fase crítica o revolucionaria. Es el momento de refutación y contrastación de teorías, de debate y crítica intelectual entre los defensores del antiguo paradigma y los del nuevo. La revolución científica se produce cuando el antiguo paradigma es reemplazado completamente o en parte por uno nuevo e incompatible, y es consecuencia de la convicción, acompañada por la división creciente de la comunidad científica, de que el paradigma existente ha dejado de funcionar adecuadamente en la exploración de un aspecto de la realidad (Kuhn, 1975).

El probabilismo y el falsacionismo introdujeron en la ciencia la noción de que toda verdad es siempre provisional. La descripción hecha por Kuhn de la historia de la ciencia, amplió el debate: el principio de organización de las teorías científicas no es puramente lógico, pues más allá de las teorías existen elementos que controlan, de forma implícita, la organización del conocimiento científico y el uso mismo de la lógica. Las aportaciones de autores con antecedentes filosóficos tan diversos como Lakatos o Feyerabend, ampliaron aún más la apertura de esta nueva vía en la racionalidad de la ciencia. Se estaba produciendo un desplazamiento del centro de interés hacia temas y problemas de historia y sociología de la ciencia (el contexto de los descubrimientos, los juegos de poder en el seno de la comunidad científica). Se habían sentado las bases para el rechazo del positivismo más burdo, del empirismo inductivo al uso, según el cual la experiencia de los sentidos es la fuente que legitima nuestro conocimiento de la realidad.

Como resultado la ciencia aparece hoy como un terreno en el que no sólo cabe debatir las teorías, sino también los principios de explicación, los postulados subyacentes y la visión del mundo que implican. En este contexto, la epistemología feminista aborda con especial interés la reflexión acerca del modo en que el conocimiento es producto –entre otras dimensiones significativas– de las relaciones sociales entre los géneros. Lo que llamamos el ‘conocimiento del mundo’ es construido desde el punto de vista de un actor colectivo situado en una determinada posición en la estructura social, no depende de la observación externa y neutral de un sujeto situado fuera del tiempo y del espacio. Por tanto, está siempre tamizado por las relaciones de poder.

Las aportaciones feministas a la teoría del conocimiento tuvieron, en un primer momento, una fuerte vinculación con los planteamientos de Kuhn. De su obra se rescataron básicamente tres elementos. En primer lugar, la crítica a la concepción del progreso científico como mera acumulación. No hay una continuidad fundamental, sino rupturas epistemológicas que se corresponden con cambios bruscos en la percepción de la realidad, sus problemas y las posibles soluciones. En segundo lugar, la crítica al positivismo lógico que actúa y se legitima a través del método inductivo, y que, como ya hemos indicado antes, permitió desterrar la noción ingenua de que la simple experiencia sensorial es la fuente de nuestro conocimiento. Finalmente, la crítica a la metodología falsacionista del positivismo lógico, porque una vez que una teoría ha alcanzado el estatus de paradigma, su

no validez sólo se declara cuando se dispone de un paradigma alternativo. La falsación con certeza absoluta no puede determinarse únicamente por medio de la confrontación del enunciado con los hechos. Los datos sólo pueden ser leídos a través del filtro que posibilita la teoría, y si las teorías no son sólo el producto del quehacer hipotético-deductivo, sino también la expresión de una cosmovisión del mundo, habremos de acordar que el lenguaje científico no puede ser pura formalización lógica desde los enunciados observacionales a los enunciados teóricos.

Sobre esta base la epistemología feminista ha ido planteando nuevos desarrollos. Para Evelyn Fox Keller (1985), 'ciencia' es el nombre que damos al conjunto de prácticas y al cuerpo de conocimientos conformados por una comunidad científica inscrita en una tradición cultural masculina, en la que los rasgos de 'objetividad y racionalidad' dificultan la producción científica de las mujeres. La ciencia no está simplemente definida por las exigencias de pruebas lógicas y verificaciones empíricas, se halla inscrita en un desarrollo histórico de configuración de los géneros que ha atribuido al hombre rasgos de objetividad y racionalidad y a la mujer rasgos de afectividad emocional. Esta conformación cultural de hombres y mujeres explica gran parte de los contenidos y prácticas científicas. Sandra Harding (1991), aborda en sus últimos trabajos la cuestión de 'cómo conocemos lo que conocemos'. El centro de sus reflexiones son las claves distintivas de las investigaciones feministas, cuál es la connotación de género que subyace en el proceso de producción del conocimiento científico y cómo la experiencia social de las mujeres permite una nueva mirada que subvierte el androcentrismo con el que concebimos la naturaleza y la sociedad. Helen E. Longino (1997) plantea, desde el enfoque del *empirismo contextual*, la relación entre las mujeres y la ciencia. El género es una categoría estructural, articulada sobre la base de diferencias sexuales que la ciencia, en gran medida, ha contribuido a construir. Los datos y la observación están constituidos por experiencia sensorial modelada por consideraciones teóricas, presuposiciones, ideas. Desvelar los estereotipos que han conformado el lenguaje científico de una época revela aspectos significativos tanto de la construcción del conocimiento como de la construcción del género.

Estas aperturas epistemológicas suponen no sólo la emergencia de una nueva mirada social sobre la realidad y el conocimiento, sino también la expresión del salto desde el presupuesto de objetividad en la ciencia al de reflexividad. El investigador social, en su práctica investigadora, es un suje-

to en proceso, afectado por el propio proceso de investigación. La investigación modifica tanto al proceso que se investiga como al sujeto investigador. La separación entre el investigador-sujeto y el proceso es una falsa separación, pues “el objeto es producto de la acción objetivadora del sujeto y es afectado por él al investigarlo (...). Por eso es necesario pasar a una investigación de los sistemas observadores (el punto de mira se desplaza del objeto al sujeto) y de segundo orden (no investigamos el objeto, sino la investigación del objeto). La verdad deja de ser absoluta, para ser relativa (lo observado depende del punto de vista del observador) y reflexiva (la investigación es una reflexión sobre la investigación)” (Ibáñez, 1992: 7). El principio de reflexividad se convierte así en un recurso valioso para seguir avanzando en los modos de *decir* y de *hacer* una realidad menos sesgada por una visión androcéntrica del mundo, que permita aprehender la complejidad de lo real, teniendo en cuenta y desvelando el sesgo de género que ha contribuido a levantar nuestro conocimiento del mundo.

## BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO, Luis Enrique (1998). *La mirada cualitativa en sociología*, Fundamentos, Madrid.
- BELTRÁN, MIGUEL (1988). *Ciencia y sociología*, – Siglo XXI, Madrid, CIS.
- BELTRÁN, Elena y Virginia MAQUIEIRA (2001) (eds.), *Feminismos. Debates teóricos contemporáneos*, Alianza, Madrid.
- BOCCHETTI, Alexandra (1996). *Lo que quiere una mujer. Historia, política, teoría. Escritos 1981 – 1995*, Cátedra, Madrid.
- HARDING, Sandra (1991). *Whose Science? Whose Knowledge? Thinking from women's lives*, Cornell Univ. Press, U.S.A.,
- IBÁÑEZ, JESÚS (1985). *Del algoritmo al sujeto. Perspectivas de la investigación social*. Siglo XXI, Madrid.
- IBÁÑEZ, Jesús (1988). “Lo falso en sociología”, *Los Cuadernos del Norte*, nº 50, pp. 38 – 41.
- IBÁÑEZ, Jesús (1992). “El paradigma ecológico en sociología”. Ponencia al Congreso de Sociología y Ecología celebrado en la UIMP. Valencia, .
- KELLER, Evelyn Fox, (1985) *Reflections on Gender and Science*, Yale Univ. Press, U.S.A.
- KUHN, THOMAS S. (1972). “The Function of Dogma in Scientific Research”, *Sociology of Science*, Penguin Books, Harmondsworth..
- KUHN, THOMAS S. 1975 (e.o. de 1962). *La estructura de las revoluciones científicas*, Fondo de Cultura Eómica, Madrid.

- LAMO DE ESPINOSA, Emilio (1990). *La sociedad reflexiva. Sujeto y objeto del conocimiento sociológico*, CIS – Siglo XXI, Madrid.
- LAKATOS, Imre (1975). “La falsación y la metodología de los programas de investigación científica”, en Lakatos, Imre y A. Musgrave, (eds.), *La crítica y el desarrollo del conocimiento*, Grijalbo, Barcelona.
- LONGINO, H. (1997). “Feminismo y filosofía de la ciencia” en González García, Marta I., José A. López Cerezo y José Luis Luján López, *Ciencia, tecnología y sociedad: lecturas seleccionadas*, Ariel, Barcelona.
- MADDOO, Patricia y Hill NIEBRUGGE-BRANTLEY (1993). “Teoría feminista contemporánea”, en George Ritzer, *Teoría sociológica contemporánea*, Mc.Grau Hill, Madrid.
- MARTÍN SANTOS, Luis (1988). *Diez lecciones de Sociología*, Fondo de Cultura Económica, Madrid.
- MELUCCI, Alberto (1998). “La experiencia individual y los temas globales en una sociedad planetaria”, en Ibarra, Pedro y Benjamín Tejerina, *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*, pp. 361 – 381, Trotta, Madrid.
- MORIN, Edgar (1984). *Ciencia con consciencia*, Anthropos, Barcelona.
- MORIN, Edgar (1993). *Tierra-patria*, Kairós, Barcelona.
- POPPER, Kart 1980 (e.o. de 1934). *La lógica de la investigación científica*, Tecnos, Madrid.
- WATZLAWICK, Paul y otros (1989). *La realidad inventada*, Gedisa, Barcelona.
- ZAVALA, Iris M. (2000). *Feminismos, cuerpos, escrituras*, La Página Ediciones, Madrid.